

100 ANOS DE fútbol

LOS MAESTROS



C. L. GALLARDO - J. BAYCE - N. V. SUBIRU - L. DING - R. WAYNE

100 AÑOS DE fútbol

HISTORIA DEL FUTBOL URUGUAYO

Jueves 19 de febrero de 1970

DIRECTOR

Franklin Morales

ASESOR DE LA DIRECCIÓN

Eduardo Gutiérrez Cortinas

AYUDANTE DE LA DIRECCIÓN

Rafael Bayce

DIAGRAMADO

Horacio Añón

EDITOR

Julio Bayce

Editores Reunidos

Cerro Largo 949 Tel. 8.03.18 Montevideo. Uruguay

DISTRIBUCIÓN GENERAL

Arca S. R. L.

Colonia 1263 Tel. 8.32.00

DISTRIBUCIÓN INTERIOR, QUIOSCOS Y CANILLITAS

Distribuidora Uruguaya

de Diarios y Revistas

Ciudadela 1424 Tel. 8.51.55

PUBLICIDAD

Vértice

Solis 1563 Tel. 9.13.22

Impreso en Uruguay por Impresora Rex S.A.

Gaboto N° 1525 — Teléfono 4.90.48

Hecho el depósito de ley. - Amparado en el

Art. 79 de la Ley 13.349 (Comisión del Papel)

Copyright EDITORES REUNIDOS

LA DIRECCIÓN NO COMPARTE NECESARIAMENTE
LA OPINIÓN DE LOS AUTORES.

12



Maestro en fútbol es sólo quién ha "enseñado" a jugar? ¿O es más justa la valoración que distingue así a ciertos jugadores, más allá de las épocas iniciales donde sólo habrían podido aparecer los "maestros"? ¿Ha habido, hay y habrá "maestros" en todas las épocas? Mientras tratamos de ponernos de acuerdo, reverenciemos a sete inmensas figuras del fútbol más laureado del mundo consagradas como "maestros" a través de la voluntad popular: Piendibene, Héctor Scarone, Roberto Porta, Walter Gómez, Juan Alberto Schiaffino y Pedro Roche.

CARATULA: ROBERTO PORTA

Foto: Archivo "EL GRÁFICO"

LOS MAESTROS

C. L. GALLARDO - J. BAYCE - N. SUBURU - A. E. BING - R. BAYCE



Juan Pena: creador de un modelo.

gera sin medir de antemano su trascendencia, tropezamos con el problema original: ¿qué alcance hay que acordarle al término "maestro" y en consecuencia, quiénes lo merecen o justifican?

Porque si nos atenemos a la acepción más corriente, fundada en la finalidad didáctica de la función, maestro es el que enseña algo, el que hace adquirir nuevos conocimientos o nuevas habilidades que ayudan al discípulo a perfeccionarse en el ejercicio de su tarea habitual.

Si a eso limitamos el criterio a aplicar en el caso, sólo encontrariamos dos nombres que pudieran dar satisfacción a la exigencia básica: Leonardo Crossley y Juan Harley, ambos provenientes del fútbol británico sin entrar todavía en discriminaciones de escuelas, tendencias, etc.

Pero si ampliamos el sentido del término asimilándolo al que se aplica en arte, tendríamos que "maestro" es también el que perfecciona su propia obra que queda como modelo en su género, o el que sin proponérselo, forma adeptos que siguen sus huellas en un afán de imitación por el que se procura acercarse lo más posible a la obra admirada.

Como nosotros hemos sostenido siempre que el fútbol es un arte con un contenido técnico, nos mantenemos fieles a esta norma y consideramos como "maestros" en fútbol a los que figuren en cualquiera de estas dos categorías: la de enseñar algo nuevo (Crossley y Harley) o la de haber creado un modelo que genera el deseo de la emulación: William Poole, Juan Pena y José Piendibene.



Leonardo Crossley: como Harley, enseñó.

Va sin decir que es ésta una opinión personal de quien firma el trabajo, y de cuyas conclusiones nos hacemos responsables en cuanto a su contenido técnico.

C. L. G.

A MANERA DE EXPLICACION

Se nos ha encargado el capítulo referente a "Los maestros" del fútbol uruguayo. Pero al abocarnos a la tarea, aceptada un tanto a la li-





El maestro por antonomasia, tiene hoy todos los perfiles de lo que se llama "un jugador de leyenda".

JOSE PIENDIBENE

Seguramente, éste es el caso más fácil a los efectos de justificar el título con el que ha pasado a la inmortalidad. Desde que en 1911 Jorge o Juan Brown —que todavía se discute la paternidad de la expresión— le confirieran la categoría, pasó a la historia como "el maestro" del fútbol uruguayo, sin que el grado levantara resistencia en sector alguno de la opinión futbolística nacional.

¿Cuáles han podido ser los fundamentos de esa consagración unánime? En su origen, por la impresión que a los zagueros argentinos de aquel año les causó la reiteración de una misma jugada, magistral en su desarrollo y en su conclusión, —dos tantos notables— cuando era dable suponer que a hombres de la

experiencia y la eficacia de los Brown, era materialmente imposible derrotarlos en dos oportunidades casi inmediatas. Pero, ¿y después? En ese "después" que duró casi veinte años el título de "maestro" se vinculó de tal manera a su protagonista, que no es exagerado decir que incluso sustituyó a su propio nombre. El jugador, el ciudadano, el hombre en el retiro, siguió siendo "el maestro" hasta su último aliento. El proceso explica y justifica la justicia de la calificación discernida por el consenso popular en veredicto unánime. Pero, insistimos: ¿por qué? ¿Es que durante todo ese tiempo no surgió nadie que al emular las hazañas de Piendibene hubiera merecido igual o parecida calificación, incluso al impulso de una rivalidad de clubes muchas veces más empe-

ñada en derribar ídolos ajenos que en crear los propios?

Y es que algo irradiaba este hombre que pasó en su vida por mil acechanzas del destino, incluso en lo deportivo como consecuencia de lesiones que en tantas oportunidades lo mantuvieron por largos períodos al margen de la actividad, lo que sin embargo, no significaba la más mínima disminución en su notoriedad, en su prestigio, en su gravitación.

Y sin embargo, la verdad es que pasó por momentos de escaso rendimiento como el anuncio de una decadencia que se habría justificado por el desgaste del tiempo; cuando todo parecía insinuar el arribo del retiro definitivo que más de una vez lo deseó él mismo, pero del que tenía que renunciar ante el imperativo de las autoridades de su club para quienes la presencia del "maestro" sano o enfermo, joven o en plena veteranía, era siempre garantía de optimismo ante la incertidumbre de un resultado difícil.

Todavía más para robustecer la incógnita de su personalidad. Debe ser un caso único en el mundo el de un hombre que no siente placer en lo que hace, no obstante lo bien que lo hizo; que no quiere a su profesión o a su actividad ordinaria al grado de no desear hablar de ella; que a la hora de haberse jugado un partido no recordaba nada o casi nada de lo ocurrido, como si se sacara un peso de encima que le incomoda.

Y así y con todo ello en contra, fue "el maestro" del fútbol uruguayo y el jugador más admirado y respetado de su tiempo.

¿Cómo se podría describir la personalidad futbolística de Piendibene? Vaya una anécdota de la que fuimos actores. En los últimos días antes de la partida de la delegación uruguaya al Campeonato del Mundo de 1950, se realizó en Los Aromos, residencia en ese momento de la selección celeste, una amable reunión propiciada por las autoridades de la Junta con la presencia de los veteranos de Colombe, Amsterdam y Montevideo, periodistas, invitados, etc. La conversación tendió naturalmente hacia el fútbol y los grandes jugadores que se habían sucedido en el tiempo, con toda clase de comparaciones entre "antes y ahora" al gusto de cada uno.

Entre los jugadores seleccionados figuraba Ernesto Vidal que fue, a justo título, integrante del equipo más tarde campeón, quien sostén que el mejor centrodelantero que había conocido era Sebastián Guzmán, compañero del club rosarino y magnífico exponente del fútbol de su país. Nosotros le dijimos a Vidal que Piendibene había sido superior a

Guzmán, sin que ello implicara desmedro para el prestigio indiscutible del jugador cordobés, cuyas virtudes técnicas estuvimos de acuerdo en proclamar.

Vidal contestó con una frase que no hemos podido olvidar en cuanto traducía la admiración que sentía por quien fuera su compañero: "Si Piendibene jugó mejor que Guzmán, fue como Dios". La expresión era un reto al que había que responder de inmediato, por lo que dijimos: "Imagínese a Guzmán con un metro setenta y ocho de estatura y con setenta y cinco kilos de peso. Eso fue Piendibene en 1912". Vidal fue leal al contestar: "si es así, Piendibene fue Dios". El lector que haya visto jugar a Sebastián Guzmán, puede sacar la mejor consecuencia posible, en cuanto ha sido el hombre que hemos visto más parecido en su accionar al "maestro" uruguayo. Para los que no tienen puntos de referencia, trataremos de reconstruir la imagen que guardamos celosamente en el recuerdo.

Fue esencialmente un jugador de equipo para quien el lucimiento personal no contaba. En ese aspecto, no ha tenido rival. Incluso alguna de sus carencias, que también las tuvo, se convirtieron en virtudes. Como nunca poseyó remate potente, se acostumbró a desplazarse en el área penal adversaria, para estar más cerca del arco y en condiciones de colocar la pelota, como llegó a ser su fuerte. Pero para no estar a merced de las defensas contrarias, arrastraba con él a los entrealas, llegando a dominar el juego corto en la zona fuerte con la misma facilidad que en medio del campo. Manejó el accionar con la cabeza a la perfección, tanto en el remate final como en la forma de apoyar a un compañero, y, por encima de cualquier otra virtud, tuvo la de discernir cuando debía ceder la acción final a quien estuviera en mejor condición, o si por el contrario la responsabilidad recaía sobre él para hacerse cargo de ella. Como de muchacho había recibido un fuerte golpe en la pierna izquierda del que nunca pudo restablecerse totalmente, debió pulir el accionar de la derecha para cubrir el déficit; de ahí ese movimiento que luego fue imitado por tantos hasta integrar una modalidad del fútbol del país que tuvo con el tiempo en Héctor Castro a uno de sus más grandes cultores. Fue valiente en la adversidad y generoso en el triunfo, del que jamás se envaneció, como nunca venció uno de sus goles, cuando muchos fueron realmente de antología. Jugaba en serio, con la preocupación de ganar, porque como él decía: "a eso vinimos", desdeñando todo lo que creyera superfluo e innecesario, y



El Piendibene de 1926, en una rara fotografía donde aparece en el aire, disputa una pelota con Andrés Mazali.

muy especialmente, la burla al adversario. Sentía un verdadero placer en elogiar todo lo que él suponía digno de ello, sin reparar si existía o no la reciprocidad, e incluso cuando se trataba de alguien con quien existiera algún distanciamiento en el orden personal. Con dos jugadores de su tiempo, mantuvo una enemistad de años que llegó incluso a la supresión de todo trato: Carlos Scarone y José Benincasa. Pues bien: del primero decía que había sido "el mejor jugador de fútbol de todas las épocas" y del segundo, que no había conocido un zaguero que lo superara. Ninguno de los dos retrabajó la distinción... Por todo ello, y por lo que significó como ascendiente entre compañeros y adversarios; porque fue sin proponérselo un

"leader" indiscutido a lo largo de veinte años de actuación, con un perfil de "caudillo" nato del que nunca quiso hacer uso; porque fue el más eximio representante del mejor fútbol que se jugó en el país y del que surgieron las más grandes conquistas alcanzadas; porque llenó una época con su nombre y con la evocación de sus hazañas en los campos; porque fue modesto hasta la exageración, no adjudicándose la más mínima gravitación en el proceso del fútbol patrio, aunque muchos quisieron imitarlo, José Piendibene ha sido el más grande jugador de todos los tiempos en el país y un auténtico maestro de varias generaciones.

César L. Gallardo.

LOS "MAESTROS" EN LA JERGA FUTBOLISTICA

La jerga popular ha elegido sus nombres para designar ciertos tipos de jugadores que se han ido perfilando a lo largo de la historia del fútbol uruguayo.

Así, se llama "caudillo" al jugador de personalidad fuerte y dominante, conductor de su equipo, que ejerce gravitación moral y psicológica sobre compañeros y adversarios. Es muchas veces el capitán, pero puede no serlo. No hay necesariamente un caudillo en cada equipo, pero la historia de los grandes cuadros está generalmente ligada a grandes caudillos.

Se llama asimismo "maestro" al jugador que reúne un conjunto de condiciones que provocan admiración por su estilo, su serenidad, su grandeza, su capacidad organizativa, su dominio general del juego pero, sobre todo, su sentido del pase y la estrategia.

Existen también otros arquetipos de jugador, que el aficionado reconoce: el artillero, el hombre-gol, el peón de brega, el dribleador, el jugador de "garra". Hay nombres que quedaron identificados para siempre con esos conceptos populares: Piendibene es el maestro; Obdulio Varela, el caudillo; Petrone, el artillero; Cea, el peón de brega; Julio Pérez, el dribleador; Gambetta, el de la "garra"; Spencer, el hombre-gol.

Todo esto tiene, desde luego, algo de arbitrario, y muchas veces los límites de cada casillero aparecen borrosos. Pero lo cierto es que cuando se dice de un jugador, bajando y ahuecando la voz: "era un maestro", todos sabemos que se está hablando de alguien que jugaba con superioridad, con técnica y con estilo.

Por eso respetamos pero no compartimos la acepción demasiado académica del Dr. Gallardo, para quien maestro es solamente el que enseña o sirve de modelo. No es así en la jerga futbolera y queremos reivindi-

car el concepto popular. Pero aun si admitiéramos ese sentido docente, tampoco suscribiríamos la restringida nómina con que lo ilustró. Maestros hubo, hay y seguirá habiendo. La lista no debe cerrarse en fecha ninguna. Ninguna época terminó con la maestría.

También conviene precisar que el maestro no es necesariamente el más grande. Es difícil establecer prioridades entre los distintos tipos que hemos definido. Su diversidad ha creado la riqueza del fútbol uruguayo. La suma de sus virtudes, su grandeza.

El maestro por antonomasia ha sido Piendibene. Así lo bautizaron y así ha quedado para la historia. Un poco a su imagen se elaboró la acepción popular del término, y a través de las distintas etapas de nuestro fútbol fueron surgiendo grandes jugadores que el consenso general consagró también como maestros. En la imposibilidad de abarcarnos todos, se evocan aquí algunas de sus figuras representativas.

J. B.



HECTOR SCARONE

Desde el sudamericano del 17 al mundial del 30, para enmarcarlo en dos triunfos internacionales, hubo un jugador enorme, fundamental para las grandes conquistas del fútbol uruguayo: se llamaba Héctor Scarone y la sabiduría popular le puso "el mago".

Scarone desborda la acepción estricta que hemos delineado del maestro. Fue más en cierto modo, y en cierto modo, menos. No tenía el estilo sereno del maestro. Fue más nervioso, más inestable, más sorprendente, más decisivo. Pero no podría faltar en esta nómina porque es la que más se le aproxima, aunque en realidad Scarone fue, más que un

maestro, un mago. Es decir, un jugador capaz de hacer cosas imposibles, inexplicables. Por eso fue discutido, negado, aclamado.

Nacional jugaba con Rampla un partido clave para éste pero sin importancia para los tricolores, que habían perdido toda chance local a raíz de su gira por Estados Unidos. Se había corrido el rumor de que Nacional, para favorecer el puntaje de Rampla respecto a Peñarol, no ofrecería resistencia. La cosa se complicó cuando la defensa tricolor cometió un penal aparentemente injustificado. Y se agravó con una cierta rengüera de Scarone... Arrecharon los silbidos. La tribuna nacionalista hervía de indignación. "El mago" hizo entonces un ademán de

"esperen" y poco después empalmó un violento voleo desde afuera del área, que entró a media altura junto al palo izquierdo de Ballestrero. Se volvió hacia la tribuna con un gesto de "ahí lo tienen" y se fue rugiendo de la cancha, en medio del delirio de la hinchada.

Héctor Scarone fue un jugador completo. Se le llamó "el mago" por su juego sorprendente; "rasquetita" por su genio pronto; "la Borelli", aludiendo a la famosa artista italiana, por su divismo, sus veleidades, sus caprichos. Se dijo que era "el mejor insider derecho del mundo", "el mejor forward del mundo" o, simplemente, el mejor jugador del mundo. Para "El Gráfico" fue el jugador más temido por los argentí-

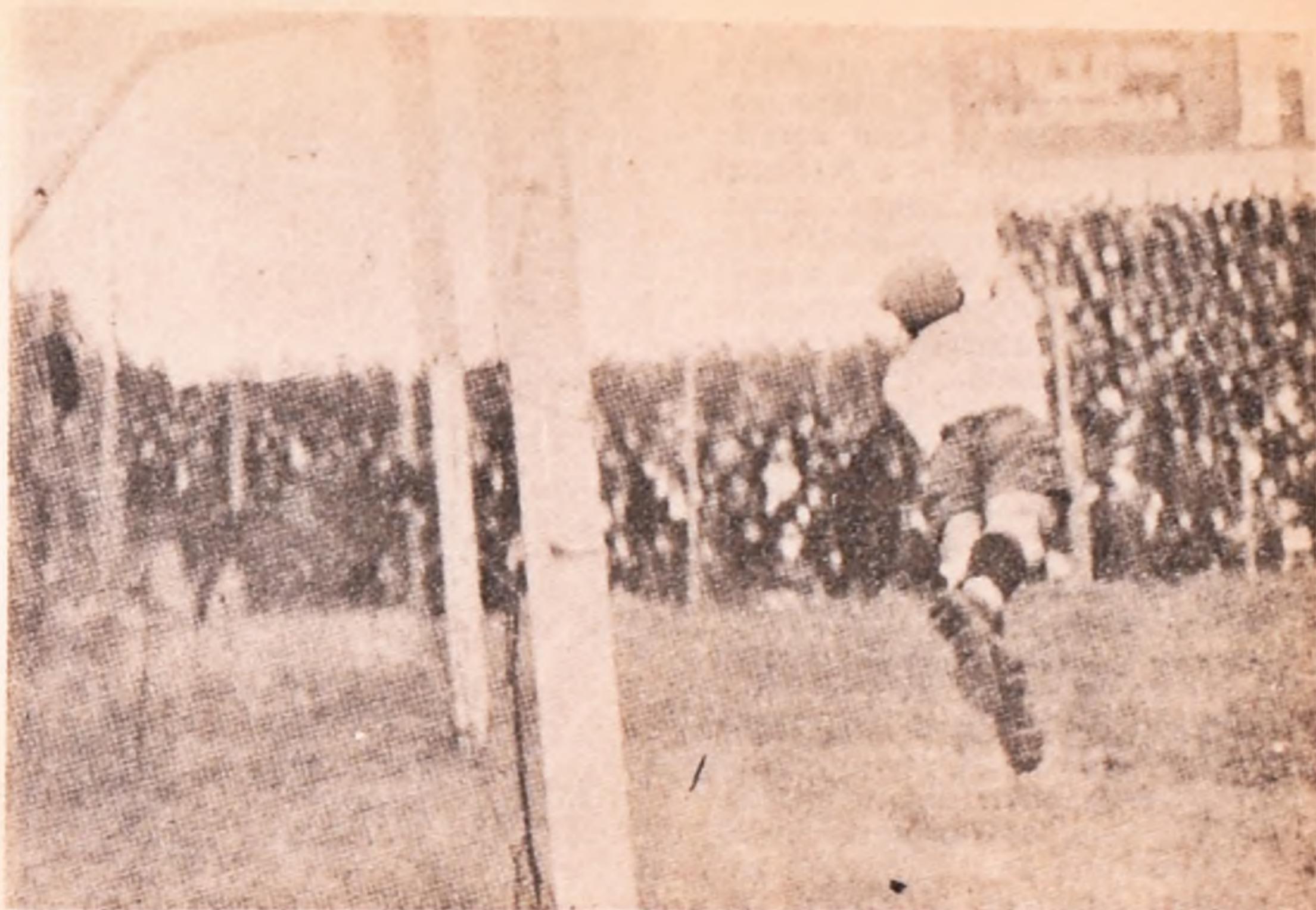
nos, porque hacia los goles indispensables. Para Zamora, "un símbolo del fútbol". Para Meazza, "uno de los jugadores más fantásticos que he visto en Italia" (donde jugó después de los 30 años). Para otros, "un crack del siglo", "un fenómeno del fútbol", "un creador", "una gloria del fútbol rioplatense". En una reunión realizada en Santiago de Chile en ocasión del Mundial del 62, donde se discutió sobre las cumbres del fútbol, Pedro Cea sostuvo que era el jugador más grande del mundo de todos los tiempos.

¿Dónde radicaba la grandeza de Scarone? Primero, en el conjunto de sus condiciones, en su dominio absoluto de todos los fundamentos del fútbol. Era ágil y veloz. Jugaba con ambas piernas, dribleaba con sobriedad pero podía hacerlo con lujo. Shoteaba con violencia y con asombrosa dirección. Cabeceaba con fuerza o pasaba con precisión. Era temible en el área, a pesar de su baja estatura. Saltaba en el sitio exacto y un instante antes que su adversario, ganándole el lugar, descolocándolo. Luego se mantenía como suspendido en el aire hasta que asentaba su golpe. "Hay que colocarse en el aire y cabecear como cabeceaba Rasquetita", recordaba Piendibene años después.

Su juego habitual era el de un entrealia creador de juego pero que también podía resolver por sí mismo una jugada. Fue goleador en sus comienzos. Jugó para Petrone en el 23 y en el 24. Lesionado Perucho, reasumió su función de goleador en la gira del 25. Jugaron para él en el 28. Jugó para todos en el 30. Contundente con Petrone. Afiligranado con Anselmo. La carrera de Petrone fue en gran parte obra suya. "A Perucho solamente hay que pasarle la pelota y mirar al centro de la cancha: es gol", decía Scarone.

Si; pero había que pasársela como pasaba Scarone. Una tarde, jugaba al centro de la delantera con Duhart a la derecha. Arrancó para la izquierda y de zurda la cruzó sorpresivamente para el carolino que entraba solo y convirtió. Comentaba Duhart al terminar el partido que el sol lo había enceguecido y no había visto nada: la pelota le pegó en el pie derecho y entró al arco. Tal había sido la precisión del pase.

Preciso e inesperado. Así era su pase. Nada convencional, "cantado". Jugaba el pase corto para armar el juego, pero era un maestro en el pase largo, arriesgado, incisivo, para la cortada o el desborde. Veía donde nadie había visto. Sorprendía con una pelota sin destino aparente, pero a cuyo extremo aparecía un compañero solo en medio de la defensa adversaria. De ahí su mote de "ma-



El gol de Scarone a Ballestrero para una hinchada escéptica.



En él se unieron el fútbol clásico del 12 y la fuerza del 24.

go": sacaba jugadas imprevisibles de su galera.

Scarone iba y venía en la cancha, defendiendo (jugó varias veces de half derecho), haciendo juego, llegando al arco rival con sus tiros o cabezazos. Hacia lo que entonces se llamaba "juego de ala" con su puntero. Si el puntero se cerraba para el medio, Scarone se corría a la punta desde donde podía centrear matemáticamente o internarse para jugarla hacia atrás o shotear. Tiraba los corners desde las dos puntas con pierna cambiada. Nadie tiraba mejor los tiros libres ni los penales.

La precisión de sus tiros se hizo legendaria, como sus goles a Isola en el 17, a Tesoriere en el 23, a Van der Meulen en el 24, a Zamora en España en el 25, a Octavio Díaz en el 27, a Bossio en el 28, por citar los más famosos. Se contaban prodigios de sus entrenamientos: que volteaba una botella desde 30 metros, que pegaba 10 veces seguidas en los palos y en los ángulos desde el punto penal, que pasaba la pelota por un agujero del alambrado desde 20 metros. ¿Todo leyenda? Yo lo vi ejercitarse pacientemente con la colaboración de Marán en la recepción de centros con la cabeza y con el pie. Era infatigable: la voluntad al servicio del talento.

¿Dónde radicaba su genio futbolístico? En la jugada imprevista, en el don de la oportunidad, en su prodigiosa capacidad para resolver una situación decisiva.

No era modesto. No fue un indiferente. Tenía pasión por el fútbol, por el triunfo, por su fama. La misma pasión que, en el sudamericano oficioso del 16, lo llevó a treparse a la tribuna de Gimnasia y Esgrima

para rescatar la bandera uruguaya de entre las llamas. La misma pasión con que jugó y ganó con la celeste y lo mantuvo fiel a Nacional y al fútbol hasta sus últimas horas.

Contaba el periodista Adolfo Oldoine que cuando Cea quería hacerlo enojar, le decía despectivamente: "andá, mago de biógrafo, si no agarrabas una". Y cuando "Rasquetita", ya viejo, se defendía de la calumnia, celoso siempre de su prestigio, abrazado a su fama como un niño a su mejor juguete, la sabia voz del vasco restablecía la verdad: "no, maguito, eran bromas; vos eras el mejor de todos".

Quizá para comprender a Héctor Scarone en toda su magnitud haya que recordar que, aparte sus virtudes excepcionales, jugó en una época también excepcional, con un pie (y el símil es aquí doblemente valeadero) en cada una de dos grandes generaciones: bebió en la ciencia del fútbol clásico del 12 y tuvo la fuerza del fútbol triunfal del 24.

Julio Bayce.



HECTOR SCARONE

El mejor del mundo, para muchos. Siempre fue el "veterano" (para los olímpicos) ya que venía actuando desde 1915 y sólo Angel Romano era mayor que "Rasqueta" o "Rasquetita". Habilidoso en el dribbling, era impecable en precisión y fuerza con el remate al arco. Jugó 369 partidos con Nacional y marcó más de 300 goles. Campeón Uruguayo en 1916-17-19-20-22-23-24-34 (8 veces) Campeón Sudamericano en 1917-1923-1926 (3 veces); Campeón Olímpico en 1924 y 1928 y Campeón del Mundo en 1930. Sumó cerca de 80 internacionales, contando la Gira de Nacional por Europa (1925), oficializada por AUF. Jugó por Barcelona (1926) y Fiorentina (1931 al 33). Llegó a actuar por Nacional, en un amistoso, en 1950, luego de ser Director Técnico en España y en Colombia (1947, Millonarios). Falleció en 1967. Había nacido en Montevideo, en 1898. Fue —con Nacional— Campeón rioplatense en 1916, debutando como internacional al año siguiente.



ROBERTO PORTA

Un jugador puede poseer gran habilidad, someter la pelota a sus caprichos, adormeciéndola en el empeine, sobre la frente, matando su impulso como quiera que le llegue. Todo ello realizado en forma fácil y desenvuelta. Pero por esa sola condición no se es crack. Para serlo se necesita tener, además de ese dominio sobre el balón, la inteligencia táctica, la claridad mental, el panorama suficiente que le permita ver, cuando sea suya la iniciativa de la acción, cuál es la posición de los

adversarios y cuál la de los compañeros, realizando, luego, el pase más conveniente.

Roberto Porta fue crack en toda la acepción del vocablo, porque concurrieron en su personalidad esos dos elementos imprescindibles: la habilidad y la inteligencia.

Jugador de una época en que ya el fútbol comenzaba a insinuar las transformaciones tácticas que hoy se han registrado, Roberto Porta, actuando fundamentalmente como nexo entre defensa y ataque, fue un magnífico creador y, si se quiere, un auténtico precursor de los es-

forzados mediocampistas contemporáneos.

Es claro que, en razón de sus valores técnicos y tácticos de múltiples aristas, Roberto Porta también sabía estar —estaba— en las instancias decisivas del área, llevando la pelota a la red con remates que se caracterizaban más por su oportunismo y precisión que por su fuerza y contundencia. Las defensas lo temían por su sagacidad constructiva. Los arqueros por sus disparos imprevistos y astutamente colocados.

"La clase —dice Helenio Herrera— el jugador debe confirmarla en cada

partido". Eso era lo que hacia precisamente Roberto Porta: ratificó su excepcional calidad en cada encuentro de los tres países en que jugó: en Uruguay, en Argentina, en Italia y de nuevo acá.

Si se desempeñó de igual a igual junto a inolvidables maestros del fútbol nuestro, sudamericano y mundial; si hubo tantos que quisieron hacer lo que él hacía, imitar su estilo, seguir sus pasos, es hora de preguntarse si en realidad se hace justicia completa afirmando, simplemente, que Roberto Porta fue un crack del fútbol uruguayo. Seguros de no incurir en fácil exageración, entendemos que Roberto Porta merece un calificativo superior. El "Tano" de la boina que ocultaba la calvicie precoz, tiene derecho a integrar la más rica galería de los eximios maestros del fútbol del mundo.

Nilo J. Suburú.

ROBERTO PORTA

Roberto Porta llegó a Nacional siendo un niño de pantalón corto: repartía leche a caballo y ataba al animal en la entrada. A los 15 años jugaba en primera división, alternando con la gloriosa generación olímpica de donde siempre aseguró había recogido todo lo que sabía. Fue preseleccionado para el Campeonato Mundial de 1930 y al año siguiente pasó a Independiente de Buenos Aires, formando con Sastre un ala célebre. Se hizo famoso un chiste de "Borocotó" publicado en "El Gráfico", donde sugería una forma de castigo para los defensas indisciplinados: marcar al ala Sastre-Porta. En 1933 pasó a Italia, jugando por el Ambrosiana (hoy Internazionale) y alternando en la poderosa selección italiana de entonces, base de la que obtendría en el 34 y 38, los dos títulos mundiales para la península. En el 36 regresó a Independiente y jugó algunos partidos para reintegrarse a Nacional en el 37. Jugó once temporadas consecutivas y sumó más de trescientos partidos con la blusa blanca. Fue seis veces Campeón Uruguayo: 1939, 40, 42, 43 y 46 y jugó cuarenta partidos por la selección celeste: debutó en la Copa Newton de 1937 y se despidió en el partido por el mismo trofeo jugado en 1945. Fue Campeón Sudamericano en 1942.

La sola mención de lo recorrido por Roberto Porta en el mundo del fútbol, define más que ningún otro concepto su sensacional capacidad: fue inmenso jugador en épocas escogidas del fútbol uruguayo, del fútbol argentino (los años del Independiente de Arsenio Erico, Vicente de la Mata, Maril) y del fútbol italiano.



En la década del 40, en una tarde de las tantas victoriosas frente a Peñarol, el gran delantero sale con General Viana.



Luis Ernesto Castro, Fabrini, Atilio García, Roberto Porta y Zapirain: lecciones dominicales de fútbol.



JUAN ALBERTO SCHIAFFINO

Juan Alberto Schiaffino nació en Montevideo el 28 de julio de 1925, en hogar modesto y trabajador. Su padre, uruguayo, fue obrero municipal y más tarde empleado del Jockey Club; su madre fue paraguaya. La sangre italiana le venía de los abuelos paternos, oriundos de Liguria.

Familiarmente fue desde niño "Pepe" (que en italiano quiere decir "pimienta"). El sobrenombre lo debe a una tía, que luego de un zafarrancho del inquieto chiquilín, exclamó: "Este niño es "pepe"!"

Sus primeras patadas las dieron él y su hermano Raúl, dos años mayor, en el "Raúlito", el "Arizona" y el "Olimpia Juniors", cuadros de

menores que existían en Pocitos, barrio donde abundaban los añorados potreros.

Actuó en las divisiones inferiores de Peñarol desde 1943. Juan y Raúl eran hinchas de Nacional porque el padre lo era y los llevaba temprano al Estadio los días que actuaban los tricolores. En 1945 ganó la titularidad de aquella famosa Tercera División que arrasó con todos los campeonatos de la divisional, y que formaba con Dimitro, Schappapietra y Binaghi, Armúa, C. M. Rodríguez y José Etchegoyen, Julio César Britos, Agnese, Martiarena, J. A. Schiaffino y Villamide (o Gontad Varela). En manos de Ulises Anzuela y Jorge Clulow, Schiaffino perfeccionó su juego, actuando de in-

sider izquierdo, centrodelantero y puntero derecho con idéntico suceso. Desde entonces llamó la atención la elegancia y perfección de su acción.

Ese año 45 sería clave en su carrera. Aníbal Tejada y Alberto Supicci —binomio técnico de Peñarol— decidieron ascender en "block" aquella delantera que obligaba a madurar. Y lo hicieron nada menos que ante Nacional, un Nacional que aliñó en su reserva a hombres del prestigio de Galvalisi, Roberto Porta, Secundino Arrascaeta. Aquellos muchachos del tercero ganaron por 6 a 2. También en ese año 45, Enrique Pelliciari —designado para seleccionar el representativo uruguayo que jugaría con los argentinos en aquellos tradicionales partidos a be-

PORTE: EL PODER DE CAPTACION

Hace poco, conversando el profesor Alberto Langlade al atacar el tema de la capacidad de los directores técnicos del fútbol nuestro, tuvimos oportunidad de escucharle la siguiente apreciación:

—“Creo en los entrenadores nuestros. Desde luego, como sucede en todas las manifestaciones humanas, en algunos sobresalen y predominan determinadas condiciones. Así, el poder de captación de Roberto Porta es algo realmente excepcional. Me refiero a la rapidez y celeridad con que puede precisar, mirando un partido, los vicios y defectos de jugadores que nunca había visto. Le alcanza con que un futbolista tome contacto una sola vez con la pelota —y a veces ni siquiera eso— para dictaminar dónde está su fuerte y cuáles son sus carencias. Extrae conclusiones inmediatas y los hechos posteriores se encargan de confirmar su análisis técnico - individual. Muy tem-

pranamente, cuando se llevan jugados unos pocos minutos, él los tiene a todos fichados mentalmente y puedo asegurles que es difícil que se equivoque. Trabajamos juntos en Nacional y me fue dado comprobar esa calidad, poco frecuente y valiosa.

Langlade lo dijo espontáneamente, sin que nadie se lo preguntara. Juicio, entonces, doblemente valioso. Por provenir de quien proviene y por no haber sido provocado.

Personalmente no nos extraña que Roberto Porta posea este poder de penetración. Muchas veces lo demostró cuando era protagonista, yéndose por la derecha al zurdo o por la izquierda al que sólo tenía “la derecha para caminar”. De éstas, Roberto Porta tiene a montones. Todas las que puede tener un auténtico crack, esto es, las que solamente puede acumular quien sabe ver antes, mejor y más lejos que el futbolista común.

ROCHA: EL RIVAL QUE FELICITA

Verano de 1964. Juegan Peñarol y Racing argentino. Pedro Rocha esa noche está con todas las “luces” encendidas. Todo le sale; un derechazo impresionante es gol; Joya y Abbadie juegan con sus pelotazos; sus hamaques dejan el tendal. Peñarol gana con facilidad. En determinado momento, Rocha arranca zigzagueando y hamacándose; se saca varias veces de encima a Daniel Bayo y a Perfumo. Culmina con una cortada milimétrica a Silva. Llueven los aplausos. Entonces, Daniel Bayo, N° 5, víctima directa de la espléndida noche del salteño, se adelanta y le estrecha la diestra. Noble reconocimiento a la extraordinaria capacidad de un gran jugador.

GOL DE ANTOLOGIA

Matosas sale del medio con la pelota. Rocha se mueve de izquierda a derecha por el círculo central, seguido por su marcador Echecopar. Se la dan aterrizada y de espaldas al arco rival. Sin embargo, sobre el mismo movimiento, la engancha con el pie derecho y se da media vuelta con la pelota pegada al empeine. La saca por detrás de la pierna izquierda y se va entre los asombados Taverna y Echecopar. Tres zancadas y la toca para Spencer a la derecha. Sigue corriendo recto a la valla. La devolución del ecuatoriano llega por aire. Sobre la media luna, sobre la marca de Madero y Spadaro, la baja con el pecho y saca el derechazo cruzado de volea hacia abajo que entra junto al poste derecho de Flores. Gol de antología. Desmarque, habilidad, potencia, shot, cerebro. Diciembre de 1969.

CAMPEON INTEGRAL

de la revista "Sport Ilustrado" (1956)

“Juan Alberto Schiaffino está entre los más prestigiosos jugadores que la historia recuerde.

Actualmente es muy probable que no existan para él rivales en el plano puramente técnico. Dueño absoluto de la pelota, el “Pepe” conoce todos los secretos del arte futbolístico y sabe sobresalir en todas las especialidades: perfecto en su dominio de la pelota; calibradas sus aperturas y saltos; rara la precisión de sus tiros al arco —casi nunca potentes pero ejecutados siempre con la naturalidad del hombre superseguro; incomparable su juego de ca-

beza; en resumen, Schiaffino aúna todas las características que son indispensables para obtener el diploma de campeón integral.

.....
“Su majestad Juan Alberto Schiaffino, más conocido por PEPE, fue juzgado como el mejor entre la izquierdo del campeonato pasado. Bajo su dirección, el ataque rojinegro del MILAN molía los goles que lo llevarían al Campeonato, mientras enloquecían los adversarios que tenían que marcar al Pepe”.

JUAN ALBERTO SCHIAFFINO, para muchos aficionados, periodistas y técnicos del mundo, no admite siquiera la duda de la comparación cuando se habla del mejor jugador de fútbol del mundo en todas las épocas.

Foto: "EL PAÍS"





Antonio Sastre y Roberto Porta, cuando ya se habían separado. Habían dejado atrás un célebre período formando el ala derecha de Independiente, cuando Porta se fue a Buenos Aires a revalidar condiciones poco comunes. Ellos fueron base del gran esplendor del club de Avellaneda, aquel que público y crítica llamaron "los diablos rojos" por la delantera que se nutría además del aporte de Vicente de la Mata y el paraguayo Erico.

Foto: Archivo "El Gráfico".



A la derecha: en 1949, la tarde en que Nacional no se presentó al segundo tiempo. Arriba: en 1950, desfilando antes del partido con Suecia en Pacaembú.

neficio de los Círculos de Periodistas Deportivos de las orillas del Plata— citó al juvenil delantero, que se había convertido de la noche a la mañana en verdadera curiosidad para Montevideo. El partido se jugó el 29 de diciembre y entró en el segundo tiempo para formar una triplete central excepcional: Walter Gómez, Raúl y Juan Alberto Schiaffino. El partido terminó 1 a 1 pero todo el país había “descubierto” a un sensacional delantero en el entreacto izquierdo del jopo.

La de 1949 fue la temporada de su definitiva imposición. Su nombre es indisoluble en la mención del poderío de aquella formación de Peñarol que constituía la base del equipo que al año siguiente se coro-



El país ungió "crack" a Schiaffino en el formidable Peñarol del 49 y en esta delantera con Ghiggia, Hohberg, Miguez, él y Vidal. Hay en el mundo del fútbol, quién no admite siquiera el demérito de un parangón con Schiaffino, cuando se considera el mejor jugador de todos los tiempos.

El debut en Italia, el 19 de setiembre de 1954: esa tarde hizo dos goles este superdotado del fútbol.



naria Campeón del Mundo en Maracaná. De aquella recordada formación que dirigía Hirsch se destacaban nítidamente los delanteros, apodados la "escuadrilla de la muerte". Schiaffino era el superdotado, el ídolo, el habilidoso, el inteligente, el del toque exacto, el del tiro medido, el del cabezazo justo, el del andar elegante, el de la seguridad absoluta en maniobras que parecían someterse a un largo proceso de "depuración" técnica en su cerebro ante de exhibirse.

El Campeonato del Mundo de 1950 significó un extraordinario mérito para los nuestros pues su fútbol vivía la transformación de la esquemática antigua a la moderna, un pasaje que se cumplía lentamente en medio de arduas discusiones.

Schiaffino resultó allí una extraordinaria figura pero sería cuatro años más tarde —en el torneo del mundo jugado en Suiza— donde alcanzaría la cima mundial. Al decir de muchos —entre ellos del propio Schiaffino— esta selección estaba mejor integrada y era más poderosa y completa que la del 50. Checoslovaquia, Escocia e Inglaterra cayeron sucesivamente y "Pepe" era el futbolista más representativo de aquellos once celestes. Milán ya lo había contratado y la colonia italiana en Suiza, dirigentes y "tifosis" venidos expresamente, formaban una ruidosa corte de admiradores. El "vuelo" de los celestes se cortó en aquel partido formidable e imposible ante Hungría y allí de nuevo nuestro número 10 fue notable estratega y coautor —habilitación precisa— del primer gol de Hohberg.

El 19 de setiembre de 1954 debutaba en Italia ante el Triestina, ganando Milán por 4 a 2: conquistó dos goles. Desde allí se convirtió en Campeón Italiano en 1954/5, 56/7 y 58/9, a órdenes de técnicos diversos, entre ellos Héctor Sena Puricelli (ex-delantero del River nuestro), Bela Gutman y "Toni" Busini. En

sus comentarios, diarios y revistas le llamaban "Pepe, el regista del diabolo" (Pepe, el director del diabolo), ya que popularmente al Milán se le conoce como "El diablo". Buffon, Maldini, Bergamaschi, Silvestri, Liedholm, Zagatti, Sorensen, Ricagni, Nordhal, Schiaffino y Frignani figura entre las mejores alineaciones de club de la península. "Sobrío equipo, mezcla maravillosa del virtuosismo, la agilidad y la sutileza de la pareja sudamericana con el juego directo y potente de los suecos", escribía Jean Beaufret, de la AFP. Ricagni —que acá jugó en Wanderers— era el otro sudamericano. En 1960 el Roma obtuvo su transferencia y siguió brillando allí su maestría. Jugó hasta 1962 en que puso fin a su carrera regresando a Montevideo. En la temporada 60/61 actuó con Ghiggia.

El ciclo futbolístico de Juan Alberto Schiaffino es difícil de igualar por su grandeza. Numerosos afi-

cionados, técnicos y comentaristas le consideran el mejor jugador del mundo. Alfredo Foni, que dirigiera la selección suiza en 1966, directamente no admite comparaciones: para él no tuvo rival que se le acercara.

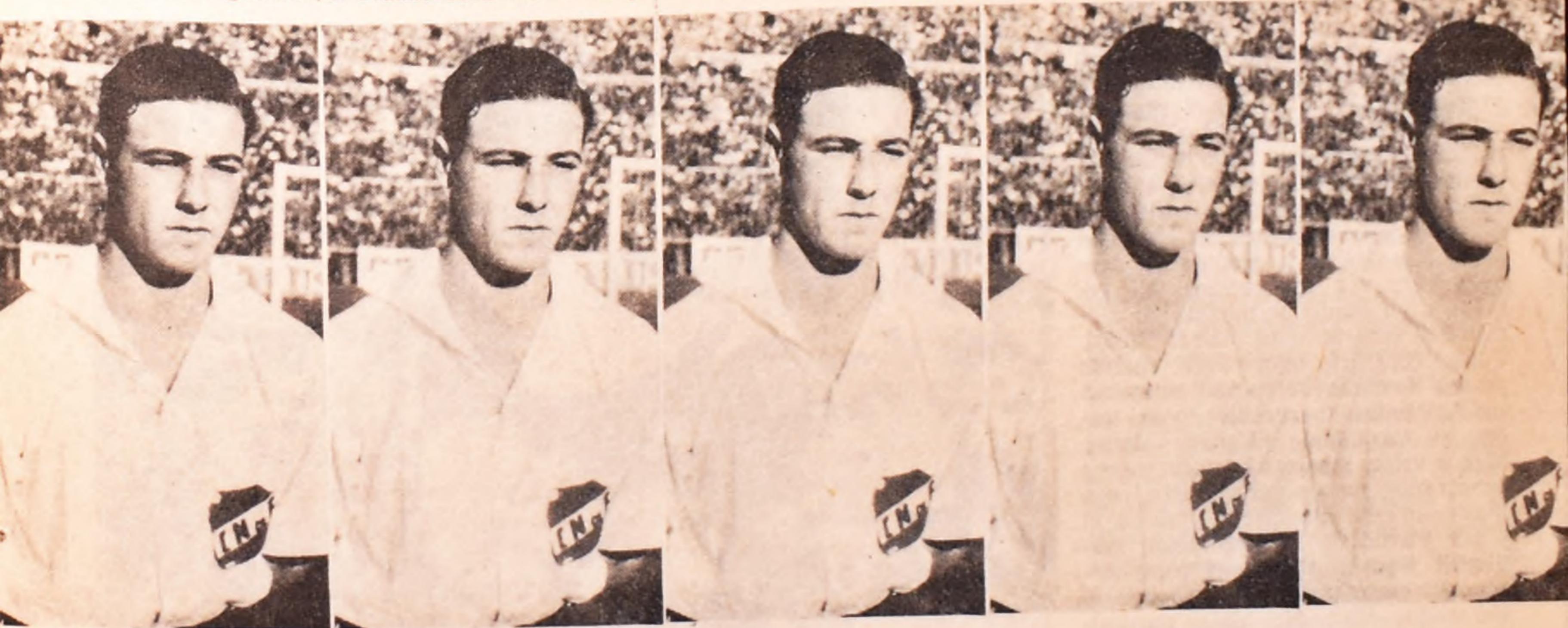
Fue un superdotado como Pelé, como Di Stéfano, con el difícil agregado que surgió en un instante de confusión en nuestro fútbol. Impuso y enseñó una forma de jugar que no era corriente, siendo el primer delantero que al "armar" el juego atacante por la izquierda, llenaba un inmenso espacio libre, según lo ha establecido el técnico Washington Etchamendi. Jugaba de "primera", con la difícil simplificación de maniobra de los dotados, era un maestro jugando "sin pelota", terminando con aquella abúlica teoría de los haraganes: los forwards están para recibir apoyo de su defensa. Todo eso hecho por un consumado dominador de pelota, por un mago de la estrá-

tegia tocado además por una elegancia particular en cada movimiento. Fue un notable precursor del "anti-individualismo" y de una ordenación táctica que pronto ganaría adeptos.

Para elaborar este trabajo no contábamos con una oposición: la del propio Schiaffino (*), que se resistía a admitir que ciertos jugadores enseñaran a otros, siendo que no hay escuelas ni normas fijas para calificar los atributos y funciones que supone el ejercicio de una docencia. Le convencimos apelando al sentido popular del término "maestro", por otra parte con honda tradición en las masas adictas, puesto que el vocablo nació con Piendibene. Quedó la constancia.

A. Eduardo Bing.

(*) ARCA publicará próximamente las memorias de Schiaffino.



WALTER GOMEZ

Futbolísticamente hubo tres delanteros en la personalidad del extraordinario campeón. El primer Walter Gómez fue aquel jovencito ágil y magro que comenzamos viendo en Central y, posteriormente, visitando la casaquilla tricolor. Si lograba arrancar de la mitad del campo con la pelota dominada —y eran muchas las oportunidades en que lo conseguía— seguramente seguía con ella, en carrera impresionante, más allá del límite del área, para culminar con un tiro que combinaba potencia y dirección.

El camino recorrido era fácil de reproducir: lo denunciaban los adversarios tendidos en tierra o semi-paralizados por el asombro y la sorpresa. Dejaba una especie de estela marginada de hombres impotentes.

Era luz que se va, relámpago lineal, flecha lanzada hacia infalible objetivo. Si lo hubiera visto, también para él Juan Parra del Riego hubiera escrito polirrítmicos.

Ciertamente, el primer Walter Gómez fue un jugador individualista. Pero dentro de esta característica técnica su eficacia fue tan avassallante y demoledora, que no le podían cabrer los reproches habituales que se le formulaban a los individualistas cotidianos. Era un personalista con acciones brillantes y goles espectaculares. El crítico se veía obligado a silenciar su juicio rutinario —"el fútbol es deporte colectivo"— y aplaudir a aquel vértigo inasible que oscurecía y hasta hacía olvidar la presencia de diez hombres a su lado.

Ese fue el Walter Gómez que un día partió hacia Buenos Aires, lle-

vado por los millonarios riverplátenses. Se embarcó con su fútbol, así lo jugó y se impuso de inmediato. El "botija oriental" hizo vibrar los estadios multitudinarios con sus arrancadas imparables y se convirtió en dios de las bulliciosas hincharadas trasplatinas.

Por mucho tiempo siguió jugando ese estilo, hasta que un día, conversando con Angel Labruna, éste le hizo ver: "Creo que a veces gastás energías innecesariamente. Andáte cuando haya espacio, pues para ello tenés todas las armas y sabés hacerlo. Pero cuando no lo haya, conviene el pase, el fútbol entre todos". No cayó en saco roto aquella sugerencia del crack más experimentado y paulatinamente se fue observando la transformación técnico-táctica del futbolista uruguayo. Continuó siendo el gran individualista cuando las



En Buenos Aires, el 2 de marzo de 1947. De pie: Bermúdez, Walter Gómez, Tejera, Mario Lorenzo, Gambetta, Delucca, Máspoli, Cajiga, Burgueño, Godart y Barbales. Hincados: Luz, Luis Ernesto Castro, Nicolás Falero, José García, Enrique Castro, Clavarés y Wáshington Gómez.

circunstancias lo permitieron o aconsejaron. Pero también se le vio construir juego, progresar en acciones colectivas, definitivamente integrado al equipo. Así se formó el segundo Walter Gómez y entonces fue un delantero completo. Tuvo todo: habilidad, inteligencia, panorama y lucidez para concebir y la visión de siempre para realizar. Con los años marchó a Italia y después... después otra vez Montevideo. El regreso a su punto de partida no significó el retorno a su primer fútbol. Por el contrario aquí vimos, cuando ya las sombras del ocaso estiraban sus tentáculos inexorables, a un tercer y formidable Walter Gómez. Menos veloz, menos dinámico, menos penetrante, menos personalista, pero inmensamente más sabio. Junto a él y por virtud de su inspiración magistral jugaron todos sus compañeros, así como antes había jugado él por todos ellos. No tenía, naturalmente, la juventud que le permitiera hacer lo de antaño, pero ante la merma de sus riquezas físicas le regaló a los aficionados lecciones del fútbol atacante más puro.

El tercer Walter Gómez fue un maestro táctico, sucediendo al maestro técnico de la etapa primera. Y en medio de ambos extremos, el gran uruguayo había cruzado las canchas argentinas respetado y aplaudido por reunir, en su fútbol, ambas cualidades. Tan respetado que, en una ocasión en que el seleccionado argentino debía enfrentar a su similar español, Pedro Escartín llegó a decir en la víspera: "Alegrémonos en Madrid de que el mejor futbolista que hoy pisa campos de Buenos Aires sea uruguayo, y no pueda integrar el equipo albiceleste".

Nilo J. Suburú.



Culminó en Buenos Aires. Allí es todavía punto de comparación cuando surge un delantero de su estilo. "Tiene de Walter Gómez..."



Un defensa en el suelo a la entrada del área, otro inmovilizado por un amague de cuerpo, un tercero no llega. Sólo queda el arquero. Así jugaba en el área penal.

Foto: Archivo "El Gráfico".

AQUELLA TARDE JUGABA EN NUÑEZ

El 16 de julio de 1950 la tarde gloriosa de la última gesta charrúa en Maracaná—Walter Gómez estaba jugando en el estadio de River Plate. Era la época en que su fútbol brillaba en la delantera de la oncena franjirroja. El adversario era el linajudo San Lorenzo de Almagro.

Al darse a conocer por los altavoces el resultado final de Maracaná, en todas las canchas argentinas las ovaciones habían sido clamorosas y espontáneas. Pero ninguna como la que se pudo oír en el estadio de River Plate. Ninguna con significado tan profundo ni tan cargada de tanta intensidad afectiva. Cuando se anunció el triunfo uruguayo todos los jugadores—compañeros y adversarios— dejando la pelota por donde andaba, se precipitaron hacia Walter Gómez abrazándolo cálidamente. También el árbitro y los líneas. El gran jugador uruguayo, sin palabras, dejó traslucir en lágrima serenas su orgullo y el agradecimiento a quienes lo

rodearon en aquella hora de grandeza celeste. Mientras tanto, de pie en las tribunas, el público no cesaba de vitorear: ¡Uruguay! ¡Uruguay! ¡Uruguay!

En los camarines Walter Gómez fue paseado en andas, sostenido en hombros de amigos y fanáticos que quisieron prolongar la instancia feliz y testimoniarle en esa forma tradicional de homenaje deportivo, su adhesión y su simpatía.

Por otra parte, aquella tarde Walter Gómez, como si estuviera poseído de la misma inspiración magistral que había hecho posible la toma del mástil de Maracaná, había convertido los dos goles que le dieron el triunfo a River. Dos a uno fue el resultado. Las mismas cifras de la victoria uruguaya. Intrascendente coincidencia que sólo da margen, por simple asociación de ideas, para una reflexión incontrovertible: Si hubiera estado en el fútbol uruguayo, hubiera sido Campeón del Mundo en 1950.

WALTER GOMEZ

Walter Gómez comenzó jugando en la Plaza de Deportes de la Unión y en 1945 debutaba en Central: ese mismo año —el 15 de agosto— lo hacía por la selección celeste, jugando en la cancha de San Lorenzo un recordado partido donde su accionar provocó en el público argentino indescriptible entusiasmo. Al año siguiente pasaba a Nacional y fue Campeón Uruguayo en 1946 y 47, jugando más de cien partidos con la blusa tricolor. A raíz de un encuentro jugado el 9 de octubre de 1949 frente a Peñarol, fue suspendido por un año. Su exclusión de esa forma del seleccionado que se aprestaba a disputar en Brasil el Campeonato del Mundo originó una campaña nacional, donde decenas de miles de personas firmaron un petitorio para que se le levantara la sanción. Mientras, jugaba amistosamente en Nacional y en ese momento se produjo su transferencia a River Plate de Buenos Aires. Fue Campeón Argentino en 1952, 53, 55 y 56. Hizo el primer gol del año en el 50 y 55, lo que allá tiene cierta tradición para calificar un jugador.

Jugó por la selección argentina en 1956, en partido amistoso frente a España. Jugó luego en Palermo de Italia en 1957 y 58, regresando al año siguiente para reincorporarse al Club Nacional. Fue el autor del tanto del triunfo de su club ante Peñarol al finalizar la temporada de 1959, lo que originó empate en el primer puesto del certamen. En 1961 pasó a Colombia, jugando en el Once Caldas y en 1964 jugó por el Deportivo Galicia de Venezuela.



PEDRO VIRGILIO ROCHA

El tiempo embellece y agiganta el recuerdo: ese es el handicap que tienen los que escriben de los maestros de antes sobre los que debemos escribir de los de ahora. Y, en definitiva, los jugadores de ayer sobre los de hoy.

Esa es también la ventaja que le llevan las grandes figuras del pasado al maestro actual, Pedro Virgilio Rocha, salteño, 27 años, 1.81 de estatura y 78 kgs. de peso, desde los 18 años en Peñarol, y desde 1961 con la celeste, doble campeón mundial interclubes, seleccionado del Resto del

Mundo, dos veces goleador del Uruguayo desde su puesto de volante, campeón sudamericano en 1967 con gol suyo en la final contra Argentina.

Considerado por los críticos del Mundial de Londres como el jugador N° 2 del torneo, detrás de Bobby Charlton y delante de Beckembauer y Albert, a pesar de haber jugado de 9 retrasado, que no es su verdadera función, Rocha es un jugador completo, con un trato casi inmejorable de la pelota.

Maneja las dos piernas indiferentemente; la para, la lleva, toca, shotea y quita con las dos, a ras de suelo y de volea. Con el pecho para

cualquier pelota y queda armado para tocar, como Pelé. Usa la cabeza como una tercera pierna, porque la para, cabecea de frentazo, peinándola y con los dos parietales, hace paredes y baja pelotas aéreas para otros.

Camina la cancha sabiamente; siempre vuelve cortando el centro del campo. Obstruye con inteligencia, tapando el ángulo más útil de juego del adversario que está en posesión de la pelota, abriéndolo hacia los laterales. Está siempre desmarcado para recibir; domina toda la cancha de un golpe de vista y sus ricas posibilidades técnicas le permi-

Una jugada para el recuerdo del mundo. Fue en el Campeonato Mundial de Londres. "Jopeada" y cuando caía, boleo de derecha que pasó rozando un ángulo del inglés Banks. Limpio, claro, contundente.





En el partido con River Plate en Santiago, en 1966, va en busca de esa pelota que viene de la derecha.

ten driblear, tocar, arrancar en carrera, shotear, cambiar de frente. Con ambas piernas y para los dos lados.

Se va al ataque por el "ciego"—el lado inverso al origen de ataque— ganándole las espaldas a los defensores que enfrentan o cierran. Si juega arriba, rota para abrir claros o la retiene para atraer adversarios y tocar. Si los contrarios esperan en zona, toca rápido hasta crear superioridad numérica en algún sector, como contra el Santos; si lo marcan al hombre, arrastra su marca por los laterales, como contra la URSS.

Puede usted encontrar, en el pasado o en el presente, jugadores que tengan su resistencia, o su inteligencia, o su zancada, o su shot ambidiestro, o su variedad de toques, o su hamaque, o su exquisito dominio del pecho y la cabeza. Pero, ¿quién tiene todo eso junto?

Pero a Rocha se le puede ver jugar: todo lo dicho puede ser verificado. Allí está de volante izquierdo, con el N° 8. Supongamos que quita

Figueroa. Rocha se abre a la izquierda y recibe. Alguien le sale. Espera que lo encime, toca para Caetano y se mueve a un nuevo claro; si está lejos del área busca por el medio; si hay mucha gente esperando, va a buscar el cabezazo a favor de su estatura y arrastra marcas.

También puede suceder que Onega se desmarque por la izquierda. Un suave toque con empeine externo derecho ("folha seca") deja a Onega con la pelota adelantada como para seguir sin siquiera mirarla. O puede hacer esto otro: perfilarse, mirar a su derecha y cambiar el derechazo cruzado a su izquierda para el pique de Losada o de Joya. O cambiar de frente con zurda para Forlán, lanzado al ataque por su lateral y luego picar al área a buscar el cabezazo pasado. Y si hay rechazo vuelve cortando el campo por su menor recorrido, a largas zancadas. A veces también se hamaca, se va y saca sus mortíferos tiros de derecha o de zurda. Y véalo, siempre destapado.

¿Usted lo vio acercarse al compañero que lleva la pelota, arrastrar



Frente a Nacional, en tarde de victoria.



En una ardorosa trena en el área del siempre temible Racing: Pedro Rocha es también un eximio cabeceador.

una marca e indicar al que la lleva que la juegue al claro que fabricó? Lo hace mucho con Forlán cuando salen del fondo. Y si hay un foul, puede ponerla de chanfle en un ángulo. Patea los penales. Y puede dejar solos a Spencer y a Onega de un frentazo. O cabecear él directamente.

Claro, a veces se equivoca, como cualquiera. Pero muchas veces la pierde porque intenta jugadas que otros no pueden intentar siquiera por falta de posibilidades técnicas. Si tira un zurdazo afuera, recuerde que otros no pueden intentarlo: necesitan pararla y acomodarla para la derecha. Lo mismo pasa con sus pelotazos, cambios de frente, etc.

Dicen que es discontinuo, que tiene "lagunas", que "desaparece" del partido. Sigalo con la vista: se va a cansar sólo de verlo ir y venir los 90 minutos. Sucede además que Rocha realiza diez veces por partido, jugadas que difícilmente pueda realizar otro jugador, y se le exige en todo momento ese nivel sobrehumano que no tolera imperfecciones.

Claro que no tiene el pique de Edú, Pelé o Spencer; ni salta como Pelé o Spencer; ni tiene el manejo

en espacios reducidos de Pelé o Cubillá; ni el olfato de gol y la economía de movimientos de Artíme; ni muerde como Montero. Si tuviera todo eso no sería humano. Se recordará que contra el Santos erró muchos pases: para muchos esa noche "jugó mal". Sin embargo todo el Santos lo elogió en sus declaraciones. ¿Qué se diría de un extranjero que a su paso por el Estadio, hiciera las cosas que le hemos visto a Rocha?

Hoy, 1969, todavía es discutido en su verdadera dimensión. Pero cuando el tiempo haga su obra aquel gol suyo en 1964 contra Nacional en que se vino de área a área, dribleando a Douksas y Eliseo Alvarez, se hará macró tres veces frente a "Cocochó" y clavó el derechazo de afuera del área en el ángulo superior izquierdo de Sosa, se convertirá en "los goles de Rocha"; su cabezazo imposible en la final de Santiago frente a River serán "sus cabezazos"; la opinión de Mura "nunca vi un forward así" se transformará en "los argentinos decían"; las felicitaciones que recibió de Daniel Bayo después de una memorable seguidilla de jugadas

se convertirán en "los rivales lo felicitaban en la cancha".

Y en 1990, cuando se editen los "120 AÑOS DE FUTBOL", quizás se diga de él, como se dice ahora de los grandes maestros: "jugadores como Rocha... ya no salen más!"

Rafael Bayce

PEDRO V. ROCHA

Nació en Salto, el 3 de diciembre de 1942. Mide 1m. 81 y pesa 78 kilos.

De Peñarol de Salto a Peñarol de Montevideo en 1960. Debutó ese año y fue Campeón Uruguayo en las tres divisiones, Campeón de Honor y del Cuadrangular.

Campeón Uruguayo en las temporadas de 1960-61-62-64-65-67 y 68; Campeón de América en 1961 y 1966; Campeón Intercontinental de clubes en 1961 y 1966. Debutó internacionalmente en 1961, ante la URSS (1 a 2, en Montevideo); fue al Mundial de 1962 y también al de Londres (1966). Jugó 52 internacionales y marcó 15 goles celestes. Fue Campeón Sudamericano, con Uruguay, en 1967.



Segundo gol ante Chile por las Eliminatorias del Campeonato Mundial de México. Recogió el envío bajo desde la izquierda y tocó suave de derecha.
Solo falta el correr del tiempo para su comparación con los grandes maestros del pasado.

EL PROXIMO JUEVES APARECE
EL MUNDIAL DEL 30
CARLOS MARTINEZ MORENO

Es necesario ubicarse en el Uruguay de aquellos años para comprender el fascinante esfuerzo de este pequeño país que reclamó el honor de organizar el Primer Campeonato Mundial, al independizarse el fútbol mayor de los Juegos Olímpicos. Tal vez con una mezcla de recelo y curiosidad, las grandes naciones dieron su asentimiento. Y llegaron a Montevideo para ver de cerca esta sociedad nuestra que parecía irreal, sorprendiéndose ante aquel inmenso Estadio Centenario que el orgulloso Uruguay entregó para su disputa. Palmo a palmo, un escritor laureado, Carlos Martínez Moreno, nos mete en aquellos días fantásticos que culminaron con el tercer galardón mundial en seis años para la camiseta celeste. Un triunfo deportivo que fue tan esplendoroso como el éxito del país entero para organizar lo que organizó para asombro de todos.

PLAN DE LA COLECCION

1. LOS ALBORES DEL FÚTBOL URUGUAYO.
Franklin Morales.
2. LOS CAUDILLOS.
Carlos Soto.
3. EL FÚTBOL DEL 12.
César L. Gallardo.
4. HISTORIA DEL CLUB NACIONAL DE FOOTBALL.
5. URUGUAYOS Y ARGENTINOS.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
6. HISTORIA DE LOS CLÁSICOS
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
7. 1924: COLOMBES.
Carlos Manini Ríos.
8. GOLES Y GOLEADORES.
Ricardo Lombardo.
9. PEÑAROL.
Ulises Badano.
10. LOS NEGROS EN EL FÚTBOL URUGUAYO.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
11. 1928: AMSTERDAM.
Julio Bayce.
12. LOS MAESTROS.
César L. Gallardo.
13. EL MUNDIAL DEL 30.
Carlos Martínez Moreno.
14. EL RÉGIMEN PROFESIONAL.
Carlos Loedel.
15. MARACANÁ.
Nilo J. Suburú.
16. LOS CAMPEONATOS SUDAMERICANOS.
Carlos Loedel.

17. EL NACIONAL DEL 40.
Raúl Blengio Brito.
18. LA COPA URUGUAYA.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
19. EL FÚTBOL DEL INTERIOR.
Juan Carlos Fernández Arbenoiz.
20. LA EVOLUCIÓN DE LAS TÁCTICAS.
Rafael Bayce.
21. PEÑAROL CAMPEÓN DEL MUNDO.
Sergio Decaux.
22. LOS EMIGRANTES.
Carlos Lorenzo.
23. LA GARRA CELESTE.
Alberto Silvio Montaño.
24. LOS ARQUEROS.
César L. Gallardo.
25. EL MUNDO DEL FÚTBOL.
26. EL CUADRO IDEAL DE TODOS LOS TIEMPOS.
27. LA COPA DEL MUNDO.
28. MÉXICO 70.

LA EDITORIAL PODRÁ MODIFICAR ESTOS TÍTULOS O SU ORDEN.

TODOS LOS JUEVES

1 CAPITULO DEL FUTBOL MAS GLORIOSO CON 1 LAMINA CENTRAL EN COLORES

**EJEMPLAR
DE
COLECCION**